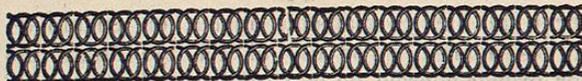


tis sanctissimas, offeretisque in eis Domino sacrificia, et libamina juxta ritum cujuslibet diei: *Son las ferias del Señor, que se deben tener por santisimas, y ofrecer en ellas á Dios los sacrificios de vuestros afectos en las meditaciones, y las ofrendas de los otros, en las lecciones, segun el orden de cada dia. Mas yo quisiera que entrases á escuchar estas lecciones con el consentimiento del Real Profeta: Audiam, quid loquatur in me Dominus Deus, quoniam loquetur pacem in plebem suam. Atenderé á oír lo que me hablará al corazon el Señor Dios, porque serán todas palabras de Paz: Paz de mi alma con Dios: Paz de mi corazon, inquieto entre tantas pasiones: Paz, que trocará las tempestades de mi vida miserable en una serenidad dichosa del paraíso.*



VERDADES ETERNAS,

EXPLICADAS EN LECCIONES

ordenadas principalmente para los dias de los Ejercicios Espirituales.

LECCION PRIMERA.

DEL ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

No solamente la fe divina, sino tambien la humana sabiduria, nos enseña, que en toda empresa el fin último, que se pretende, debe ser la primera regla de los medios que deben aplicarse para conseguirlo, como dice el príncipe de los Filósofos en sus Morales: *Finis regula cæterorum.* Todo hombre sábio, antes de poner la mano en cualquier obra, se idea y determina el fin de su obrar; porque este es la fuerza mas poderosa, la direccion mas segura, y la medida mas infalible de cualquier empresa. Esto es como el plomo ó nivél en mano del Artífice, con quien se debe medir lo derecho ó torcido de la fábrica: siendo las obras solamente buenas, en cuanto con-

ducen al fin; y solamente malas, en cuanto de él nos apartan. Por eso el Filósofo Moral dió por primer consejo de la verdadera sabiduría: *Respice finem*: Mira una, y otra vez el fin. El Real Profeta frecuentemente clamaba con instancia á Dios: *Notum fac mihi, Domine, finem meum*. (PSALM. 38.) Señor, dame á conocer mi fin. Estando ciertos, que si el conocimiento y atencion al fin fuese la regla del obrar, toda operacion tendria suceso feliz.

Veamos ahora cuál es el fin para que Dios crió al hombre; y por ventura confesaremos, que le debemos mas á Dios, por ser nuestro último fin, que por ser nuestro primer principio. Es verdad, que aquella infinita sabiduría, desde los primeros siglos, puso sobre nosotros los ojos de su bondad, y nos sacó graciosamente de la nada, dandonos un ser tan perfecto, que une en nosotros las perfecciones que están repartidas en las otras criaturas. Dotónos de un cuerpo con cinco sentidos, que á juicio de Séneca, son cinco milagros del mundo pequeño. Enriqueció el alma con tres admirables potencias, que segun S. Agustin, son como un reflejo ó dibujo de la augustísima Trinidad. ¡O qué gran beneficencia del Criador, poderosa para arrebatarnos del corazon todos los afectos del agradecimiento! Con todo eso, mas amable y benéfica es la intencion del fin, para el cual la Divina Sabiduría dió el ser, y la vida á tan bella obra. Porque ¡á qué fin miró Dios al dotar al hombre de tan altas prerrogativas? ¿Acaso para que fuésemos grandes señores, grandes letrados, grandes comerciantes en la tierra? ¿Acaso para que adquiriesemos muchas riquezas? ¿Para que cogiesemos las flores de los

placeres? ¿Para que ganásemos gran fama y estimacion en el mundo? Cierto es, que para nada de esto nos crió Dios. Así lo enseña la razon natural, y la fe divina. Cosa temporal no puede ser el fin de una alma eterna. La mezquindad de estos bienes no puede ser la última felicidad de una criatura, que trae esculpida en la frente la imagen del Criador. Si estos placeres ó estas honras fueran nuestro fin, debieramos vivir siempre en la tierra, ni debria haber otra vida, porque conseguido el último fin, no puede sucederle, y entrar en su lugar otro bien mejor. Mas, si no nos lo dijese el Evangelio, si la misma razon natural no nos diese luz para entender para qué fuimos criados, nos lo enseña aun la misma estatura y formacion de nuestros cuerpos, tan diversa, hasta en la exterior apariencia, de los brutos; porque no está el hombre inclinado enteramente y del todo á la tierra; mas pisandola con los pies, tiene la cabeza derecha, elevada y sublime; de suerte, que adonde quiera que vuelve los ojos, se encuentra con la vista en el cielo: cuando los demás animales, vueltas las espaldas al cielo, totalmente miran solo á la tierra, para mostrarnos, hasta con la evidencia de los ojos, que los otros animales nacieron solamente para los bienes terrenos; pero el hombre fué criado únicamente para la bienaventuranza del cielo. Así lo dijo sabiamente S. Gregorio: *Erectus ad cælum homo ostendit se non esse natum ad terrena*.

Veis aquí, pues, el único fin para que Dios nos ha criado, y para que Cristo nos ha redimido con tanto amor: *In finem dilexit eos*. Para que viviendo, le sirvamos en la tierra con una

vida ajustada á la virtud; y muriendo, le gozamos en el cielo con una eterna felicidad. Así lo definió el Doctor de las gentes, Pablo: *Servi facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificatione, finem veró vitam æternam.* (ROM. 6.) Luego únicamente fuimos formados de la Divina Sabiduría para alabar á Dios, para servirle y amarle. Veis ahí todo el empleo para que estamos en el mundo: adquirir la gloria del cielo con servir fielmente á Dios: vivir de tal manera, que de esta vida temporal y miserable, pasemos á aquella eterna y feliz. Aquella es el término, que se nos señala para conseguir; este es el camino, que á ella nos conduce. Mira, pues, ó hombre, la grandeza y nobleza de tu fin, y el amor y beneficencia de Dios en enseñartelo. Gran cosa, y favor inestimable se juzga el poder servir á un Monarca, y de ello se precian aun los grandes señores: ¿qué será estar destinado para servir al Rey del cielo, en cuya comparacion, el mayor Monarca no es mas, que un gusano de la tierra? Mira la alteza á que eres elevado, que no siendote debida por razon de tu naturaleza la bienaventuranza celestial, Dios, por su bondad, te crió para que la goces; y pudiendo criarte solo para una felicidad transitoria y natural, te elevó á una perpetua y sobrenatural. Ninguna criatura tiene fin mas alto: no hay ángel, ni arcángel, ni serafín, que en esto se te aventaje, porque todos estamos destinados igualmente á gozar, segun los méritos de cada uno, la suma felicidad. Antes Dios nos ha elevado á ser partícipes de su misma gloria, como nos asegura S. Juan: *Similes ei erimus, quoniam videbimus eum sicuti est.* (1. JOAN. 3.) Seremos semejantes á

Dios, pues lo veremos tal cual él es. Pues como Dios no tiene otra felicidad, ni otro fin, que á sí mismo; así no quiere que nosotros tengamos otro fin menor, que el mismo Dios; ni otra menor bienaventuranza, que la suya.

Y cuando te hubiese criado Dios para solo el fin de que le sirviesses y honrases, aun sin esperanza de otro premio; por ventura, ¿Dios no es merecedor de tus servicios y obsequios por su infinita excelencia, y por la inevitable deuda tuya, de ser criatura suya y obra de sus manos? ¿Podrias, sin ser ingrato é injusto, negarle lo que es suyo? ¿No deberias estimar mucho el servirle, y con todos los afectos de tu corazon anhelar al cumplimiento de su justisima voluntad? Pues, ¿cuál será ahora tu obligacion, cuando su bondad, por exceso de amor, ha querido que tu fin no sea solamente el servirle, sino tambien gozarle en una felicidad semejante á su gloria, é igual en su eternidad? Sin duda no debe haber en el hombre otra ansia, sino de conseguir un tan noble fin. Todos, y cada uno deberá decir, como decia san Francisco de Sales: si yo supiese, que un pensamiento de mi mente, ó un afecto de mi corazon, ó una obra de mis manos, no mirase derechamente á Dios, desearia no tener manos, ni corazon, ni mente.

Mas, ¡ó perversidad del género humano! ¿Cuántos hacen que se queden en vano los altos designios de Dios? ¿Cuántos tuercen las rectisimas líneas de su sabiduría? ¿Cuántos, con gravisima injuria del Criador, ponen su último fin en los placeres, en las honras, en la vanidad, dando en sus obras el primer lugar y aprecio á las cosas temporales, y el último á las eternas? Co-

mo aquel rudo pintor, que solia empezar sus figuras por los pies, de donde muchas veces sucedia no quedar en el lienzo lugar para formar la cabeza, que debia ser la primera en el dibujo, como regla y medida de lo restante de la pintura. Luego podrá suceder, y sucederá, que de todas las otras criaturas insensibles consiga Dios el fin de su voluntad, y de sola la criatura racional no lo consiga. Crió el sol, para que con sus rayos ilumine la tierra: y jamás ha dejado el sol de esparcir sobre la tierra sus luces. Crió las estrellas, para que con sus regulares movimientos envíen sus influencias; y las estrellas jamás han cesado de influir, sin torcer el curso derecho de sus orbes. Crió las plantas, para que á sus tiempos produzcan, ya flores, ya frutos; y las plantas ya brotan flores, ya se enriquecen de frutos. Rompió las fuentes de las aguas: ¿para qué? Pero ¿qué es menester cansarnos en ir repasando una á una las criaturas, cuando es tan claro, que todas las cosas sirven al Criador, y obedecen á una seña de su voluntad? *Omnia serviunt illi, et parent ad nutum ejus.* Solo el hombre se aparta del fin para que fué criado, dejándose llevar de sus apetitos á buscar placeres contrarios á los preceptos de su Criador. Solo el hombre pervierte el orden de la divina Providencia, descaminándose por sendas derechamente contrarias al término de su felicidad.

Pero, si no nos mueve el orden de la infinita Sabiduria, y la bienaventuranza venidera á procurar nuestro fin, estimúlenos á lo menos la luz de la razon, y el bien presente, porque en seguir nuestro fin consiste nuestro contento, quietud

y felicidad, y fuera de él, no hallaremos jamás paz, sino siempre inquietud, amarguras, temores y angustias. Nuestro corazon fué criado para gozar el Sumo Bien, nunca puede satisfacerse con otros bienes inferiores. Enseñanoslo claramente san Agustin: *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* (LIB. 1. CONFES. C. 2.) „Nos hiciste, Señor, para tí, y está inquieto nuestro corazon, hasta que „descanse en tí.“ ¿Un hueso fuera de su lugar, qué dolores no causa en el cuerpo? Por mas reparos y remedios que se le apliquen, no hay modo de templarse y dar sosiego. Pero viene á propósito una bella comparacion del santo Job: *Avis nascitur ad volandum.* (JOB. 7.) El ave nace para volar. Préndase un pajarillo, éntrese en una jaula, hecha de rejas de plata, proveída de dulce pasto, puesta en un salon Real, lejos de todas las incomodidades de los tiempos: ¿estará contento? ¿Se divertirá con alegres canciones? No por cierto: lo vereis triste, ancioso y solícito á buscar por todas partes la salida y su libertad. Aquellas delicias no le sosiegan, aquellas comodidades no le satisfacen, ni le agradan. Mas ¿por qué? Porque está fuera de su fin: nació para volar, y gozar la libertad del cielo. *Avis nascitur ad volandum.*

Lo mismo sucede al corazon humano, nacido únicamente para servir á Dios, y gozarle: póngase en medio de las delicias terrenas: posea muchas riquezas que pueda gastar á su voluntad: pase de uno en otro placer su gusto: tenga dignidades, amistades, poder, palacios, todas las comodidades y toda abundancia de bienes humanos, ¿vivirá por eso contento? ¿Será feliz? No

por cierto. Así lo enseña la razón, y lo muestra la experiencia, porque todas las cosas fuera de su fin, están fuera de su felicidad. Desengáñese, pues, el corazón humano, que jamás hallará paz, ni contento, si no es en el fin para que fué criado: toda otra cosa le traerá amarguras y congojas. Todas las fatigas que se emplearen en buscar otros bienes, serán perdidas, porque no van gobernadas por la fiel regla del último fin. Todos los pasos que no van dirigidos á este blanco, serán errores, porque nos apartan del verdadero término.

¡Infelices, pues, nosotros, que hemos gastado lo mejor de nuestra vida en vanidades, que nos desviaban de nuestro verdadero fin! *Ergo erravimus á via veritatis: lassati sumus in via perditionis.* (PSAL. 5.) ¡Adónde han ido tantos pensamientos, tantos afectos, tantos cuidados de la vida pasada! Todo en vano, todo sin fruto, porque buscando la felicidad, hemos vivido infelices, por no haber sabido buscarla donde únicamente está, que es Dios. ¡O, por cuánto debemos desear nuestro bien! Tomemos consejo, abramos los ojos, cuidemos á lo menos de lo venidero. Un caminante, que después de haber andado todo el día por camino áspero y trabajoso, conoce haber perdido el camino, ¡cuánto se entristece, cuánto sentimiento muestra, y con cuánto cuidado se restituye al camino verdadero! Ea, concibamos gran dolor de los yerros pasados, pongamos en orden nuestra vida con esta gran máxima de espíritu. Este es el único negocio, que nos encarga el Apostol: *Rogamus vos, Fratres, ut vestrum negotium agitis.* El conseguir el fin de la salvación es lo que debe dar cuidado, como dijo el Cardenal Be-

larmino, que habiendo encomendado un negocio al Cardenal Ursino; y preguntado de este Príncipe, si era muy de su empeño, respondió sabiamente: yo ningún empeño tengo, sino el de mi salvación. Este es aquel prudente círculo á que nos exhorta san Bernardo á rodear la mente y el corazón, volviendolo de Dios á Dios, de nuestro primer principio á nuestro último fin. *Redi ad cor tuum, discute te ipsum, considera, unde venis, quo tendis.* (DE INTERIORE DÓMO. CAP. 14.) Examinate bien, mira de dónde vienes: adónde vas. Este pensamiento del último fin fué la gran máquina, que en los Ejercicios Espirituales á un san Carlos Borromeo, y á un san Francisco Xavier, los apartó de las vanas ideas y pretensiones de grandezas humanas, y los encaminó á la única conquista de la felicidad celestial. También á nosotros, si un rayo de esta luz nos penetra vivamente el corazón, hará desaparecer, á manera de palacios encantados, todas las vanidades de la tierra. Preguntese, pues, frecuentemente el cristiano á sí mismo, para qué vive en el mundo: qué intención tuvo Dios, y qué pretendió con ponerlo en él; á qué ha sido enviado: cuál es el bien que espera, y el mal que debe temer: y si camina, adónde lo lleva esta senda que sigue: al felicísimo fin para que Dios lo crió: ó antes á un término de eterna miseria, adonde lo arrastra su malicia. Oiga lo que á estas preguntas le responde su corazón, que sin duda le sugerirá aquellos sentimientos de Lope de Vega, piísimo poeta Español, cuya admirable Octava, como digna de un Santo Padre, me ha parecido poner aquí.

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
 Que tengo de morir, es infalible:
 Dejar de ver à Dios, y condenarme,
 Dura cosa será, pero posible:
 ¿Posible, y tengo aliento de alegrarme?
 ¿Posible, y tengo amor á lo visible?
 ¿Qué hago? ¿En qué me empleo? ¿En qué me
 encanto?
 O yo soy loco, ó debo ser un santo.

§. II.

FIN DE LAS OTRAS CRIATURAS.

Tan grande es el amor de Dios para con el
 hombre, que á beneficio del hombre crió un mun-
 do de bienes. Mírese este grande universo, cie-
 lo, aire, mar, tierra, y cuanto en él se contie-
 ne, hermoso, delicioso, admirable. Tanta ameni-
 dad de flores, tanta duizura de frutas, tanta va-
 riedad de animales, tanta muchedumbre de cuer-
 pos simples, y compuestos con tan bello orden.
 No solo nos proveyó de lo necesario para el sus-
 tento, y lo preciso para la salud; sino aun de
 lo que sirve para recreacion á la vida, y delei-
 te á los sentidos; y si el amor se muestra en
 los beneficios, cuán excesivo debemos decir: ¡ó
 Dios, infinitamente bueno! que haya sido vuestro
 amor para con el hombre, pues hizo llover tan-
 tas riquezas de vuestros tesoros para hacerle be-
 neficio? Coronasteislo de gloria y honor, como
 rey de todas las otras criaturas, sujetandolas to-
 das á su imperio. *Gloria, et honore coronasti eum
 et constituisti eum super opera manuum tuarum.*

(PSALM. 8. 6.) ¿Cuál, pues, debe ser la gratitud
 del hombre á tantos beneficios? ¿A cuánta cor-
 respondencia de afecto le obliga un tan inmen-
 so amor? Con todo eso, los mas de los hombres
 son como otros tantos lerdos brutos, que apacentan-
 dose debajo de una encina, y gozando de las
 bellotas que de ella caen, jamás levantan los ojos,
 ni conciben un agradecimiento en el corazon á
 mirar ó bendecir la planta de quien reciben el
 beneficio de los frutos.

Pero consideremos un poco á qué fin prove-
 yó Dios al hombre de tantas criaturas. Cierto
 es, que no fué su intento que le sirviesen de úl-
 timo fin; porque siendo mas viles que el hom-
 bre, no lo pueden perficionar: y como mezcla-
 das con amarguras, no le pueden apagar la sed
 de felicidad. Fuera de que no está en mano y
 voluntad de todos el proveerse á su arbitrio de
 semejantes cosas; siendo así, que debe estar en po-
 testad de cualquiera el llegar á su fin: de otra
 suerte, no pocos habrian sido criados de Dios im-
 perfectos é infelices, porque tendrian la inclina-
 cion á su último bien, sin poder satisfacer al de-
 seo de conseguirlo. Si, pues, la soberana Provi-
 dencia no ha juzgado ser dignas las criaturas de
 ser nuestro último fin, ¿cómo podremos nosotros
 estimarlas tanto, que pongamos en ellas nuestra
 felicidad? ¿Cómo, por felices que seamos, al mo-
 do de pequeñas mariposas, andamos al rededor
 de tantos objetos y tantas vanidades, siempre ham-
 brientos del bien, y siempre enemigos de la quietud,
 empleamos todas nuestras industrias en bus-
 carlas y mantenerlas, y despues lloramos sin con-
 suelo á cualquier pérdida de cosas temporales?
 Piérdase en buena hora para nosotros todas las

riquezas del mundo: piérdanse todos los placeres y todas las honras: ¿perderáse por eso algo del último fin? ¿Qué embarazo habrá para arribar al verdadero bien de la bienaventuranza? ¿Acaso estamos mas dispuestos á salvarnos sanos, que enfermos? ¿Ricos y honrados, que pobres y abatidos? ¿Nobles y famosos, que plebeyos y desconocidos? ¿Podemos pasar al cielo mas facilmente desde un palacio, que desde una choza? ¿Allanan acaso el camino, y le hacen mas acomodado las ciencias, que la ignorancia? ¿Las delicias, que los trabajos? ¡Oh, que para todos está abierta la puerta del palacio celestial igualmente! *Omnibus aqúe patet Aula Caelestis.*

No habiendo sido, pues, las criaturas criadas por Dios, ni concedidas al hombre por último fin, resta solo, que hayan sido criadas puramente por medios, que sirvan á conseguir su fin. Mas la naturaleza de los medios es tal, que en sí mismos no tienen otra cosa porque ser estimados, ni otra bondad porque ser amados, sino la utilidad, que ayuda y conduce á conseguir el fin á que se destinan y ordenan: de donde se infieren tres clarísimas verdades. La primera, que debemos un sumo agradecimiento á Dios, no tanto por la benéfica liberalidad con que nos ha dado tantas y tan bellas criaturas, cuanto por la amorosa intencion con que nos las ha dado, para que nos sirvan de medios eficaces, en orden á conseguir un infinito bien. La segunda, que las cosas de esta vida presente, por mas que sirvan á la utilidad ó al gusto, no merecen ser amadas ni queridas, sino en cuanto conducen y ayudan á conseguir el último fin para que Dios nos puso en este mundo. La tercera, que cuando no

sirvieren á la salvacion, ni se deben buscar, ni apetecer: y si acaso la estorvaren, se deben aborrecer, y arrojar como venenos.

¡Mas ay, que la desordenada necedad de los hombres, con un intolerable desconcierto, pervierte el orden de la Divina Sabiduria! ¿Y qué mayor desorden del juicio puede haber en un cristiano, á quien ilustra, no solo la luz de la razon, sino el sol de la fe, que trocar la naturaleza de los bienes, haciendo de los medios fin? ¿O gozar mal en esta vida de aquellas criaturas que se deben usar bien, solo por atencion á la venidera? ¿Cómo tomar asiento, y acomodarse en la posada, (que es esta vida) de donde presto hemos de partir; y no cuidar de la patria, que es el cielo, donde hemos de vivir eternamente? ¿Obrar con tan gran ceguedad, que los bienes concedidos de Dios, para que nos ayuden á la salvacion, nos sirvan de carruage para la condenacion? ¿Hacernos infelices por nuestras manos, convirtiendo los bienes en males, y hacer miserable la vida con el mal uso de aquellas cosas, que la deberian hacer dichosa? Ni puede ser otra cosa; porque segun dice san Agustin, como no puede menos de estar inquieto, y con gran fatiga un cuerpo, trocada su natural postura con los pies ácia el cielo, y la cabeza ácia la tierra; así un alma jamás hallará sosiego, sino siempre afanes y congojas, si trueca el orden que le estableció Dios, y pone á los pies el cielo con su felicidad eterna, y la tierra con sus caducos placeres sobre la cabeza.

Mas aun sucede peor, que habiendonos dado Dios las criaturas, para que mejor le sirviésemos y amásemos, nosotros muchas veces usamos

de ellas para ofenderle é injuriale. Aun solo el olvidarse de los beneficios, se tiene por abominable ingratitud: ¿qué será el servirse de ellos contra el bienhechor? ¿Qué bárbara perfidia sería la de un vasallo, sacar contra su príncipe la espada, cuando acababa de ceñírsela de su mano para armarlo caballero? Y el hombre usa muchas veces bárbaramente otra tal perfidia contra su Dios. De las riquezas que nos dió para obligarnos al reconocimiento y amor, ¿cuántas veces nos valemos para hacerle mayores ofensas? Las delicias con que nos regala los sentidos, las convertimos en instrumentos de culpas, que provoquen la Divina indignacion. Con razon se queja Dios del hombre, que hace que le sirva el beneficio, y aun el benefactor mismo á sus pecados: *Servire me fecisti in peccatis tuis.*

Apartese, pues, muy lejos de nosotros tan detestable perversidad, tan digno abuso de las criaturas, las cuales solamente nos deberian servir de espejos para conocer y amar al Criador. Valgamonos de ellas en adelante para argumentos é indicios, por donde conjeturar la felicidad del cielo: pues si Dios en este valle de miserias ha criado tan bella variedad de delicias, aun para sus enemigos, ¿qué habrá hecho en la patria de la felicidad para sus amigos? Ea, sírvanos de medios y ayudas para ejercitar las virtudes santas, que son el verdadero camino, que nos guia al último término de la bienaventuranza. Verdad es, que no todas las criaturas pueden ser útiles igualmente á todos para la salvacion. A uno servirá la salud, la riqueza, la honra: á otro la enfermedad, la pobreza, el desprecio. Por eso hemos de estar indiferentes para cual-

quiera fortuna, y dejar este cargo á disposicion de la Divina Sabiduria, que conoce bien lo que nos aprovechará mas para nuestro dichoso fin: fiarnos de la suma Bondad, que por su infinito amor no dejará jamás de darnos lo que mas nos conviene. En cuanto á nosotros toca, será prudente consejo escoger siempre lo que nos pareciere mas á propósito para alcanzar nuestro sumo bien. Hemos de obrar como un caminante que vá á su patria, que si se halla entre muchas sendas, se aplica solamente á aquella que le guia al término deseado: sin hacer reparo que sea á la diestra ó la siniestra, sea de montes ó de valles, ó de deliciosa campiña. Así debemos portarnos en las cosas temporales. Ningun bien hemos de amar, sino en cuanto conduce á nuestro fin: ningun mal hemos de tener, sino en cuanto nos aparta de el; pues es infalible la máxima de san Basilio: *Nullum bonum est, nisi quod ad summum bonum conducit: nullum malum, nisi quod á summo bono retrahit.* Si la pobreza nos lleva mejor á Dios, debe ser estimada sobre todos los tesoros. Si las riquezas nos apartan de Dios, debemos aborrecerlas como desgracias. Si los desprecios ó los infortunios ayudan mas á nuestra salvacion, debemos darles la bienvenida, y abrazarlos con alegría. Si las honras ó las delicias nos hacen olvidar de la eterna bienaventuranza, se deben despreciar como inútiles para nuestro bien. En suma, hemos de estar con grande indiferencia á cerca de las cosas temporales, estimandolas solamente en orden á nuestro fin. Cada uno de nosotros debe decir dos veces á Dios, con el Real Profeta: *Paratum cor meum, Deus, paratum cor meum.* Está pronto mi corazon, Dios

mio, á recibir de vuestra mano felicidad, si fuere de vuestro agrado favorecerme con ella; pero tambien está igualmente dispuesto á recibir infortunios, si fuere gusto vuestro enviarmelos.

§. III.

EJEMPLO.

Que solo en Dios, como en último y dicho-
so fin, se halla la paz y contento del corazon,
lo dió á ver claramente aquel celebre Rolando,
lustre de la Universidad de Bolonia primero, y
despues gloria del Orden de Predicadores. Este,
nacido de noble linage, y criado entre delicias,
se resolvió á pasar una vida alegre, sin que hu-
biese dulce de placeres que no quisiese gustar:
los festines, las músicas, los convites, eran sus
cotidianas diversiones: mas Dios, que lo queria
destetar de los gustos del mundo, mezclandole
siempre amarguras y hieles, le hacia probar la
verdad de aquel dicho del Sabio: La riza se mez-
clará con dolor, y el llanto va pisando la ropa al
gozo. *Risus dolore miscebitur, et extrema gaudii
luctus occupat.* Porque al fin se hallaba su co-
razon lleno de sinsabores y fatigas, ocasionadas
sin saber de donde: sino que tal es la natura-
leza de los placeres mundanos, dice S. Agustin:
*Prospera hujus mundi asperitatem habent veram,
jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam vo-
luptatem.* (EPISTOL. 36.) Un dia se determinó á
hartar sus apetitos de placeres, y gstarlo todo
en delicias, cuantas podia desear. La mañana
pasó en oír suavísimas músicas: al medio dia tu-
vo un convite como de boda, con esquisitos man-

jares, y variedad grande de sainetes: la tarde em-
pleó en divertidos juegos y alegres festines. De
es a suerte, cansado de placeres, pero no satis-
fecho, á la noche se volvió á su casa, y al qui-
tarse las ricas galas, con que habia asistido á las
fiestas, sintió, que interiormente le corria por las
entrañas un pesado humor de melancolia, que pa-
recia quererle ahogar el corazon. De aquí se
levantó una profunda consideracion de la vani-
dad del mundo. He aquí, (se decia á si mis-
mo) ¿en qué han venido á parar los placeres de
tan alegre dia! Yo he gozado hoy cuanto deli-
cioso y ameno sabe dar la tierra, y con todo
eso, ¿cómo no me ha satisfecho el corazon? ¿Có-
mo me veo lleno de fatigas? *Non satiatur oculus
visu, nec auris, auditu, sed universa vanitas, et
afflictio spiritus.* (ECCLES. I.) Con estos pensa-
mientos se acostó; pero no pudo coger sueño, por-
que sin cerrar los ojos se andaba dando buelcos
sobre las delicadas plumas de la cama, como si
estuviera sobre agudas espinas. Aun mas, revol-
via en su ánimo tristes fantasmas, repitiendo den-
tro de sí mismo: si tan lleno de melancolia me
hallo despues de un dia de los mayores gustos,
¿cómo puedo esperar contento ni alegría en el
mundo? ¡Ay, que este corazon no fué criado pa-
ra los deleites de la tierra, sino para los gozos
del cielo! ¡O mundo, que vanos son tus conten-
tos! ¡Qué desabridos tus gustos! ¡Qué engañosas
tus vanidades! Y si son tales cuales la experien-
cia de este dia gastado en tantas delicias mues-
tra á los ojos: ¿qué locura es la tuya, ó Rolan-
do, engolfarte en placeres, que enmedio de su ma-
yor dulzura amargan tanto tu corazon? ¿Por qué,
y cómo no te resuelves á volver los ojos, y el

ánimo á los bienes mas sincéros, puros y eternos? Dios te crió para una eterna felicidad; y tú corres perdido, siguiendo unos deleites caducos, que te engañan y hacen traicion, aun cuando los gozas.

Semejantes afectos le sugería el espíritu á Rolando; pero el apetito le representaba vivamente los placeres de los sentidos, de que estaba enamorado: que no podría vivir mucho privandose de aquellos solaces á que su naturaleza era tan inclinada: que su delicadéz no era capaz de las austeridades de la vida espiritual: que en la flor de la juventud se debía dar algun desahogo, y permitir desfogar las pasiones juveniles, dejando para la vejez la penitencia. Estos pensamientos, como leña aplicada al fuego, volvían á encender el amor de los deleites sensitivos, hasta que una luz del cielo, infusa en el alma, le hizo claramente conocer la vanidad de las delicias mundanas, y la solidéz verdadera de los bienes celestiales.

Así, despues de haber peleado toda la noche consigo mismo, se resolvió á huir de las tempestades, y acogerse al puerto seguro: al amanecer, levantandose, y aun no bien acabado de vestir, se fué derechamente al convento de santo Domingo. Admitido al claustro, se entró apresuradamente en la sala de capitulo, donde estaba Fr. Reginaldo en consulta con los frailes; y sin otra salutación, arrojandose á sus pies, le pidió con humildes instancias el sagrado hábito. Cuando Reginaldo vió á sus pies un tan célebre doctor, y oyó la fervorosa petición, lleno todo de dulces lágrimas, acompañadas de la comun alegría de los demás, fué con interior impulso movido á recibirlo sin réplica. Antes, no teniendo paciencia pa-

ra aguardar que el ropero le tragese un hábito, se quitó su propio escapulario, y entonando: *Veni Creator Spiritus*, vistió al fervoroso novicio. Sucedió en este caso una maravilla, que haciendo señal con una campanilla del capítulo, que apenas se podía oír en el convento, fué oída en toda Bolonia: de donde llevada de no sé que curiosidad, concurrió mucha gente al convento; y viendo aquel no menos devoto, que admirable espectáculo de un doctor de tanta fama, ayer entregado á los placeres del mundo, hoy convertido á los rigores de la religion, fué en todos tal la conmocion, que muchos siguieron su ejemplo, y renunciaron los gustos y delicias del mundo. Con tal espíritu empezó Rolando su conversion, y á tan alto principio correspondió siempre el tenor de su vida.

Pero lo que hace mas á mi propósito, es, que halló Rolando en Dios aquella alegría y contento de corazón, que en vano habia buscado en las criaturas, cuando estaba en el colmo de sus placeres, y en el auge de las honras. Porque llegó á gozar aquel gusto, que trae el corazón verdaderamente espiritual: aquella paz sosegada, de quien dice san Pablo, que vence, y se aventaja á todo sentido: *Pax Dei, quæ exuperat omnem sensum*. Probó, que ni las músicas, ni los festines, ni los convites, llenan ni satisfacen al corazón humano; sino solo los interiores contentos y consolaciones: solo aquellos amorosos tratamientos, con que Dios aun en la tierra, paga lo que se padece por su amor. Dormía mas quieto, y con mas sosegado sueño sobre un jergon de paja, que antes sobre colchones de delicadas plumas. Los ayunos le sabian major, que las mesas

expléndidas: las penitencias le eran mas dulces y mas amadas, que todas las delicias y regalos de la vida pasada: y asi, algunas veces exclamaba: Mi Dios, si tan dulce es padecer por vos, ¿qué será el gozor de vos? Finalmente, de Rolando se puede decir con razon, que si su corazon se pusiera en una prensa para esprimirlo, no se sacaria de él otra quinta esencia, que paz y contento: y que si otra vez se esprimiera, ninguna otra cosa destilaria, sino gozo en el Espíritu Santo: *Gaudium in Spiritu Sancto*. A la verdad, él experimentó en todo el curso de su vida, cuan bueno es Dios para los que tienen el corazon derecho: *Quam bonus est Deus bit, qui recto sunt corde*. Cuan suave es aquel gran Señor á los que no tuercen sus afectos, y los dirigen únicamente á él, como á su último y felicisimo fin.

Lease en Tomás de Xempis el cap. 10. del lib. 3. cuyo título es: Que todas las cosas se deben referir á Dios. como á último fin.

LECCION II.

DE LOS CASTIGOS DE LOS PECADOS, Y PRIMERAMENTE EN LOS ANGELES.

DESEA tanto Dios, que sus criaturas no se aparten de su último fin, que desde la creacion del mundo quiso con ejemplares penas, para poner terror á la posteridad, castigar á los prevaricadores. El ángel rebe'de, y Adan inobediente, son formidables testigos de cuan riguroso zelador es Dios de sus justisimos preceptos, pues no perdonó, ni aun á las mas excelentes y hermosas obras que salieron de su Omnipotente mano. El ángel fué el primogénito de las criaturas, criado por la Divina Sabiduria, tan perfecto, y lleno de tan altas prerrogativas, que Dios, no solo se complació en él como en las otras, sino quiso él mismo ser el panegirista: *Hac dicit Dominus Deus: tu signaculum similitudinis, plenus sapientia, et perfectus decore, in deliciis Paradysi fuisti: omnis lapis pretiosus operimentum tuum.* (EZECH. 28.) Tú, sello de la semejanza, colmado de sabiduria, perfecto en la belleza, fuiste criado en las delicias del Paraiso, y adornado de todas las piedras preciosas como de rica gala. Gastó Dios, (por decirlo así) los tesoros de su Bondad, Poder y Sabiduria, para formar en el ángel la mas perfecta imágen de su infinita hermosura. ¿Qué excelentes dotes no le dió en el orden natural? Criólo puro espíritu en su esencia, inmortal por la eternidad: de un entendimiento y ciencia tan elevada, que con sola una vista penetra todos los